

que duermen en el seno de la tierra. Mariana dirigía la granja, cuidaba de los establos, de la lechería, del corral; demostraba su aptitud para llevar cuentas, pagaba y cobraba. Y a pesar de las inevitables equivocaciones, de los quebraderos de cabeza, la fortuna acababa por sonreírles, vencida por su laboriosidad, por su bondad, por su prudencia.

Además de las nuevas construcciones, ensanchóse el dominio con treinta hectáreas de pendientes arenosas que llegaban casi hasta Monval y con otras tierras más arcillosas hacia Mareuil. La lucha de Mateo contra aquellos terrenos áridos se hacía más y más dura, a medida que aumentaba su campo de acción; pero acababa siempre por un triunfo, fecundando, bañando aquellas tierras con el agua que antes se perdía a través del suelo formando charquinas. Lo mismo que en la meseta, había abierto anchos caminos a través de los bosques últimamente adquiridos, y los claros de aquellos bosques los dedicaba a producir forraje para su ganado. Por todos lados aquel esfuerzo constante de creación hacía recrudecer la batalla, preparando la definitiva victoria y haciendo que la mala cosecha de un campo quedara compensada con la prodigiosa abundancia de mieses que se obtenía en otros. Los niños crecían también como las plantas; unos empujaban a otros. Blas y Dionisio, los gemelos, tenían ya catorce años y ganaban premios sin cuento en el colegio, avergonzando a Ambrosio, que por lo mismo que tenía gran viveza, no siempre se cuidaba como debiera de los libros. Los cuatro menores, Gervasio, Rosa, Clara y Gregorio, no iban al colegio aún, y crecían libremente en pleno sol, en pleno aire. Cuando al cabo de esos dos años Mariana tuvo otra niña, Luisa, no padeció como en el parto de

Gregorio; pero tuvo una convalecencia larga por haberse levantado antes de tiempo a hacer colada. Cuando Mateo la vió de pié, con la pequeña en brazos, la besó apasionadamente, triunfante a pesar de todos los obstáculos y de todos los dolores. Un hijo más; más poder, más riqueza; una nueva fuerza obrando sobre el mundo, otro campo sembrado para mañana.

Aquella era la grande, la buena obra, la obra de fecundidad que crecía por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción, creando nuevas subsistencias al nacer un nuevo hijo, amando, luchando, trabajando sin desfallecimiento en busca de vida más potente, de esperanza más cierta.

III

Transcurrieron otros dos años y durante ellos Mateo y Mariana tuvieron otro hijo, una niña. Esta vez, como las otras, al mismo tiempo que aumentaba la familia, el dominio de Chantbled creció también, al Oeste de la llanura, con todos los terrenos que quedaban por desecar a orillas del río. Más de cien hectáreas de terreno, en el cual no habían crecido hasta entonces más que las plantas acuáticas, iban en adelante a fecundar el trigo en sus entrañas. Las nuevas fuentes utilizadas y canalizadas irían allá abajo a llevar la vida benéfica a las arenosas pendientes. Aquello era la conquista invencible de la vida por medio de la fecundidad y del trabajo. Esta vez fué Según el que propuso a Mateo la adquisición de aquella

Fecundidad.—T. II.—4

nueva parte de su dominio, esforzándose en hacerle comprar de una vez todo lo que le quedaba, los bosques, los eriales, cerca de doscientas hectáreas todavía, proponiendo todas estas adquisiciones porque se hallaba continuamente en necesidad de dinero, lo cual le hacía ofrecer ventajas y rebajas de precio. A pesar de todo esto, Mateo, siempre cuerdo, no aceptó, teniendo la prudencia necesaria para no apartarse de su propósito: el de no crear más que por etapas, con arreglo a sus necesidades y sus fuerzas. Además, para la adquisición de la totalidad de los terrenos yermos, a lo largo del camino de hierro, hacia el Este, habíase presentado una dificultad: la de que cortando aquel páramo en dos partes, había unas cuantas hectáreas de terreno inculto perteneciente a los Lepailleur, los dueños del molino. Por esto Mateo, al designar el lote últimamente adquirido había escogido hacia el Oeste, pensando que más tarde, cuando el molinero hubiese cedido sus tierras, adquiriría los eriales. Por otra parte, sabía que Lepailleur le odiaba tan cordialmente, desde la incesante creación del dominio, que pretender tratar de la adquisición de sus tierras, era tiempo perdido. Sin embargo, Seguín insistió, pretendiendo que él se encargaría de convencer al molinero, y sin duda, no desesperando del éxito, se obstinó en ver a Lepailleur antes de firmar la escritura de venta de los terrenos de la parte alta. Transcurrieron algunas semanas. Un día fué Mateo al hotel de la avenida de Antín para cambiar las firmas, no encontrando a Seguín en su domicilio, a pesar de ser aquella la hora señalada por aquél para la entrevista. Un criado le indicó que su señor no tardaría seguramente en volver, pues había dejado orden de que le esperasen si iban a buscarlo. Al quedar solo Mateo en la vasta sala

del primer piso, paseó una escrutadora mirada por su alrededor, impresionándole el lento desastre que se adivinaba en aquella pieza lujosa que en otro tiempo había admirado, con sus admirables tapices, sus colecciones de objetos raros, sus adornos y sus relieves. Todas aquellas maravillas continuaban allí, pero en medio de un abandono que las empañaba, como si fueran caprichos pasados de moda, desdeñados, condenados a ser devorados por el polvo. Seguín, en su eterno deseo de llamar la atención de momento, de extremar la locura de la moda, de exhibirse, había renunciado a su plaza de «amateur» del arte; veleidoso y variable, sintió un amor transitorio por los «sports» nuevos y acabó por volver a su afición única y verdadera: la afición por el caballo. Se había empeñado en poseer una buena cabailleriza, y este empeño le llevaba rápidamente a su total ruina.

Aquella gran fortuna que empezaron a devorar el juego y las queridas, se la acababan de comer los caballos. A la sazón decíase que jugaba a la Bolsa, con el deseo de cubrir algunas brechas que en su fortuna habían abierto vicios y caprichos, ya que era en él cuestión de orgullo sostener su posición de hombre acaudalado a quien saludaban próceres y ministros. A medida que sus riquezas disminuían, amenazando más cada día con el próximo hundimiento, Seguín sentía más deseos de ejercer de moralista a su manera, y discutía más empeñadamente que nunca con Santerre sobre literatura y filosofía social, convertido ya en un escéptico impotente, en un pesimista por moda, cogido en sus propias redes, hasta el punto de no ser otra cosa que un forjador de corrupción y de muerte, exasperado de la vida. Cuando Mateo acababa de dar unos cuantos pasos por la habitación,

entró en ella una hermosa joven, rubia, de unos veinticinco años, vestida con un traje de seda negra, que llevaba con elegante sencillez. La joven, después de escudriñar con una rápida mirada la habitación, exclamó:

—¡Toma! ¡Yo creía que los niños estaban aquí!

Y sonriendo a Mateo, se acercó a la mesa que servía de escritorio a Seguí, empezando a poner en orden algunos papeles, con el aire de una ama de casa que quiere afirmar los derechos ante los extraños. Mateo sabía ya quién era aquella mujer. Hacía cosa de un año que se instaló en la casa, empezando a mandar en ella de momento, mientras Valentina se alejaba más y más de los cuidados que le estaban confiados. La joven en cuestión se llamaba Nora, era alemana, institutriz y profesora de piano, y Valentina la tomó principalmente para cuidar de los niños, desde que había tenido que despedir a Celeste, la cual, a pesar de todos sus conocimientos y astucia, se dejó engañar por el dependiente de la tienda y apareció embarazada una vez más. Por otra parte, Seguí, que se mostró escandalizado y brutal, al conocer el estado de la antigua doncella, fué quien llevó a casa a Nora, diciendo alegremente que era una perla robada a una de sus amigas. Bien pronto se echó de ver que la institutriz no era otra cosa que la querida del dueño, el cual la había introducido en su mismo hogar para gozarla así con más comodidad y desahogo, y sobre todo para tenerla más segura, pues parecía estar locamente celoso de ella, con aquellos celos brutales y furiosos que le lanzaban a veces sobre su mujer con los puños levantados, como si fuera a aplastarla. La hermosa alemana, por otra parte, parecía hecha a propósito para legitimar las peores inquietudes, con sus labios gruesos y sensuales, sus

ojos, de un Impudor inconsciente, y sus soberbias carnes rosadas e incitantes.

—¿Espera usted al señor Seguí?—preguntó Nora al cabo de un momento.—Ya sé que le tiene citado y seguramente volverá muy pronto.

Mateo, que la estudiaba con gran interés, quiso hacer una experiencia.

—¿Ha salido quizá con la señora? Ya sé que suelen salir juntos muy a menudo.

—¡Ellos juntos!—exclamó la institutriz riendo alegremente.—¿Quién le ha enterado? Lo que es yo, no sé que vayan jamás a un mismo sitio. La señora estará ahora en el sermón, a menos que no esté en otra parte.

Y burlona, descarada, se puso a dar vueltas por la sala, como si se esforzase en restablecer un poco el orden y el aseo en la habitación, rozando a veces con su falda al visitante, con aquella necesidad imperiosa e instintiva que tenía de ofrecerse, desde el momento que un hombre estaba a solas con ella.

—¡Ah! ¡qué casa!—decía a media voz, como si hablase consigo misma.—¡Qué casa! ¡Y cómo se abandona al pobre señor! ¡Claro! ¡La señora está tan ocupada desde la mañana hasta la noche!...

Para poder apreciar toda la ironía que encerraban aquellas palabras, era preciso que Mateo supiese que Valentina se había dedicado por completo, desde hacía seis meses, a saborear la felicidad de haber reanudado sus relaciones con Santerre, después de una ruptura que duró cerca de tres años. Ahora ella le recibía en el mismo domicilio conyugal, se encerraba con él en su pequeño salón y allí pasaban tardes enteras. A esto, sin duda, se refería tan burlonamente la institutriz. Santerre, después de haber conquistado a Valentina, con su aire de cariñosa ternura, en tiempos

en que la creyera indispensable a sus éxitos de novelista, la había sacrificado brutalmente, con despiadada bestialidad de egoísta, en cuanto le había sido inútil, molesta. Desesperada con esta ruptura, Valentina se entregó a las prácticas de un ardiente catolicismo, pregonando, en nombre del buen Dios, una intolerancia absurda, en la cual intercambiaba nuevas locuras. Decíase que había ensayado a tener un nuevo amante; pero esto no estaba probado. Según, que como tantos otros, practicaba la religión por moda, se acercó por un instante a su esposa, proponiendo la reconciliación; pero casi en seguida las querellas de alcoba estallaron de nuevo, más injuriosas que nunca, hasta hacer por completo imposible el tratado de paz que se buscaba. Después Según, ocupado ya por entero con Nora, creyó muy del caso devolver un poco de tranquilidad a su hogar, no ocurriéndosele para ello mejor medio que conducir nuevamente a su casa al amigo de otros tiempos a Santerre. Esto se había hecho con la mayor sencillez del mundo; el novelista se dejó convencer pensando que después de haber sacado de las mujeres lo que razonablemente podía esperar, le quedaban más que dos caminos: o casarse, o hacer suyo el nido de otro. Para el matrimonio no se hallaba dispuesto, no tanto por teoría como por otro particular. Tenía, como Según, cuarenta y un años; Valentina iba a cumplir treinta y seis. ¿No eran, pues, edades adecuadas para el descanso y la tranquilidad, en que la cordura estaba en pensar una de esas uniones sólidas y duraderas que el mundo indulgente tolera? Valentina le convenía más que otra cualquiera, puesto que ya la conocía; rica, dadivosa, devota y presente, reunía todas las condiciones deseables. Y en el sacudimiento final, todo se había ar-

glado así: el padre con la institutriz de los hijos, la madre con el amigo del padre.

Bruscamente se oyeron gritos agudos y persistentes, y Mateo fué sorprendido por un terrible galopeo, seguido de una súbita invasión en la sala. Era Andrea que huía, aterrada, perseguida por Gastón.

—¡Nono! ¡Nono! ¡quiere tirarme de los cabellos!—gritó la niña.

Tenía la chiquilla los más hermosos cabellos del mundo; finos, cenicientos, sueltos y flotantes en torno de su adorable cabeza de mujer de diez años. Su hermano, de cuatro años más de edad, era delgado, seco como su padre, con una cara larguirucha y afilada, ojos de azul oscuro y frente estrecha. Alcanzó por fin a la muchacha, cogióla por los cabellos y tiró violentamente.

—¡Ruín! ¡ruín!—sollozó la muchacha, yendo a refugiarse en las faldas de la institutriz, que la rechazó diciendo:

—Cállese usted, Andrea. Está usted siempre dispuesta a hacerse golpear. Es usted inaguantable.

—Yo no le hacía nada—replicó la muchacha, con voz entrecortada por los sollozos.—Me encontraba leyendo, y él vino a arrancarme el libro de las manos, y después quiso pegarme..

—Es muy estúpida—contestó simplemente Gastón, sonriendo calladamente.—Nunca quiere jugar. Y llora porque le tiro de los cabellos, sin ver que lo hago por su bien, para que le crezcan.

La institutriz se echó a reír también, encontrando aquella explicación muy chusca. La alemana tenía la costumbre de dar siempre la razón al muchacho, dejándole reinar sobre sus dos hermanas como amo absoluto y tolerándole también las bromas que con ella se permitía de vez en cuando. Mateo sentía una verdadera indignación, cuando

entró en la sala el doctor Boutan. Andrea, al verle, corrió a su encuentro y le presentó la frente para que se la besara.

—Buenos días, hija mía... Vengo a esperar a tu mamá; me envió un telegrama esta mañana. Sin duda ha salido y no ha regresado todavía. Quizá me he apresurado demasiado en acudir a su llamamiento... ¡Hola! ¿También usted aquí, mi buen Mateo?

—Sí, querido doctor. Estoy esperando al señor Seguí.

Boutan y Mateo se estrecharon afectuosamente la mano. Después el doctor, que había echado sobre Nora una mirada oblicua, se volvió hacia ella, preguntándola si su señora se hallaba enferma. La institutriz contestó secamente, diciendo que no sabía nada. Y como siguiera interrogándola, inquieto por Lucía, a quien no veía con sus hermanos, Nora acabó por decir:

—Lucía está acostada.

—¿Cómo acostada! ¿Entonces es ella la enferma?

—¡Oh! no; no lo está.

El doctor la miró con ojos penetrantes, como queriendo llegar hasta el fondo de su alma, y cesó de interrogarla.

—Está bien; esperaré.

Nora, al fin, abandonó su sitio, llevándose atropelladamente a Gastón y Andrea, irritada por aquella mirada mortificadora que no la abandonó hasta que ella y los muchachos hubieron franqueado la puerta.

Boutan volvióse entonces hacia Mateo. Durante algunos momentos, aquellos dos hombres permanecieron cara a cara mirándose en silencio.

Por fin, el doctor habló el primero, diciendo a media voz:

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿Qué le parece a usted la se-

ñorita? ¿Ha estudiado usted su boca y sus ojos? Jamás he visto tan claramente el pecado en un tal esplendor de carne. Esperemos, sin embargo, que me engañe.

De nuevo reinó el silencio. El doctor se había puesto, al igual que Mateo, a pasear por la habitación. De pronto paróse, hizo un gesto de desagrado y exclamó:

—Fatalmente todo esto tenía que suceder. Usted lo había previsto y seguido todas las fases. ¿No es así? Yo también lo sabía. Se burlan de mí; se me califica de dulce maniático, de médico especialista, consultado en los únicos casos que asisto... pero, ¿qué quiere usted? Si yo me preocupó de lo que califican manías, es porque estoy convencido de que llevo la razón. Vea los Seguí, por ejemplo, ¿no es evidente que todo el mal ha venido de los fraudes primeros, de la época en que marido y mujer se pervirtieron, exasperados en su obstinación de no tener hijos? Para mí es indudable. Desde entonces se puede decir que la cosa ha ido perdiéndose. A pesar de todo, tuvieron un hijo inconscientemente, sin darse cuenta de ello, y he aquí al hombre desolado, loco por unos celos imbéciles, y a la mujer maltratada, abandonada, lanzada al abismo. El doble adulterio había de ser necesariamente el término fatal, teniendo en cuenta la lucha furiosa de semejantes naturalezas que se envenenaban mutuamente en medio de las peores excitaciones mundanas. Hoy la ruptura es completa; los lazos de la familia han quedado destruidos por completo; la querida del señor y el amante de la señora se han instalado tranquilamente en el domicilio conyugal. El desastre se aproxima, con el fraude todavía multiplicado, porque ahora son ya cuatro a cometerlo. ¡Yo me desespero al ver estas

cosas! No quisiera ni recordarlas ni hablar jamás de ellas, y si ahora lo hago, es porque en ello encuentro un alivio y nada más.

El doctor, tan suave y dulce de ordinario, había acabado por irritarse. Su voz débil y apagada, había tomado una expresión de claridad y energía singulares.

—Se habla mucho de nuestra moderna neurosis, de nuestra degeneración. Nuestros hijos son cada día más débiles, más enfermizos, más ruines, les lanzan al mundo mujeres enfermas, relajadas. Pues bien; aparte de otras causas todas menos graves, la culpa primordial de todo no era más que una: el fraude; el eterno fraude, el universal, el premeditado, el que nos arroja a esa decrepitud precoz que nos acaba, que nos extingue y degenera... No se engaña y burla impunemente a un órgano de la naturaleza. Imagine usted un estómago que se nutriese continuamente de un mismo cebo, que en los cuerpos indigestos llamaría sin cesar la sangre, sin dar jamás nada a la digestión. Toda función que no se cumpla en el orden normal, acaba por ser un peligro permanente de perturbaciones. Enerváis a la mujer, no contentáis en ella más que el espasmo, os reserváis a la satisfacción del deseo, que es simplemente el cebo generador, sin consentir a la fecundación, que es el fin, el acto necesario e indispensable. Si no queréis que en ese organismo, burlado de tal manera, se declaren terribles desórdenes, caducidad y perversión... Añada usted que si el marido burla y defrauda, el amante engaña y defrauda aun más. Es un asalto, un ataque continuado, a todas las horas. Desde que el miedo a tener hijos no modera ya los apetitos, el órgano es sometido al régimen del placer fácil repetido, extenuador. Yo he visto casos de un encarniza-

miento, de una bestialidad increíbles. No me atrevería a pedir a los hombres la sensatez y prudencia de los animales; éstos, al menos, tienen su estación. Y todavía sería preciso que de vez en cuando se dejara brotar, nacer algún hijo, para restablecer la función abolida de los órganos. ¡Cuántas mujeres enfermas he visto reponerse, gracias a un oportuno embarazo! ¡Y cuántas he visto caer en su deplorable situación desde que renunciaron a vivir la vida conforme debe ser vivida!... Porque hay que entenderlo bien, amigo mío; todo estriba ahí; la naturaleza burlada se subleva. Cuanto más fraude, cuanto más perversión, más se degrada y debilita la sociedad. Así se ha llegado a nuestro famoso neurosismo, a nuestra próxima bancarrota, física y moral. Mire usted a nuestras mujeres, compárelas con las fuertes comadres de otros tiempos. Las de hoy, desexuadas, temblorosas y perdidas; somos nosotros los que las hacemos así; por nuestras conveniencias, por nuestras prácticas, por nuestro eterno ideal de la familia restringida, inmola-da a las furiosas ambiciones del dinero. Al matar al niño, y por ende a la mujer, nos matamos nosotros mismos, destruimos todo lo que representa la alegría, la salud y la fuerza... Dígame usted: ¿ha presentido, visto nunca el fin de nuestra sociedad, como en esta habitación? ¿No ve usted aquí el gran drama actual, la desmoralización del disgusto de vivir, de la infecundidad preconizada? ¿A qué, pues, si todo ser que nace es un miserable más? Los fraudes han hecho su obra de destrucción; una querrela de alcoba ha desorganizado la familia, el hogar conyugal; la mujer por un lado, el marido por otro y los tres hijos en manos de esa joven, la institutriz, abandonados a sus propios instintos y, al cuidado de

la querida de su padre. ¡Ah! ¡pobres seres! A ellos es a quienes mayormente compadezco, y por ellos no puedo venir aquí sin sentir que el corazón se me oprime.

Más dulcemente, Boutan continuó diciendo lo mucho que amaba a la pequeña Andrea, tan bonita, tan tierna y diferente de todos, hasta el punto de que la madre se lamentaba a veces de que la hubiera amamantado la Catiche, una especie de bestia, fuerte y animosa. Aquella niña tan dócil no se rebelaba siquiera ni ante las brutalidades de su hermano, que la martirizaba de continuo con la anuencia de la institutriz. En cuanto a Gastón, no le agradaba poco ni mucho; brutal, de una inteligencia nula, más torpe todavía que su padre, con más obstinación, con la certidumbre de su superioridad, que no dejaba ni que se discutiera.

Sin embargo, la gran pasión del doctor era Lucía. De doce años a la sazón, era una débil niña, pálida y delicada, con cabellos de un rubio descolorido y ojos de un azul vago, anegados de sueño. Formada de prisa, involuntariamente, había sufrido una enfermedad, causada por el terror y la repugnancia ante la ola de sangre que la hacía mujer. Desde que el doctor logró reponerla un poco, seguía estudiándola detenidamente, viendo en ella los fenómenos más curiosos, su disgusto creciente de toda sensación carnal, y una especie de misticismo precoz, cuyo vuelo la lanzaba a extraordinarios sueños de ángeles y de vírgenes de una pureza y candor inmaterial. Boutan, decía, a manera de galantería, que aquella niña no era otra cosa que el fruto natural del pesimismo de sus padres, por su horror a la carne fecunda. En este momento entró Valentina, con su habitual enfado y ligereza, siempre retrasada,

siempre azorada por alguna aventura imprevista. A los treinta y seis años permanecía tan delgada, tan viva como lo estaba cuando tuvo a Andrea. Con los mismos cabellos rubios, cortos y rizados y la misma figura pequeña y fina. Ella, más feliz que otras, según decía el doctor, no hacía más que cocerse en la llama de sus perversiones.

—Buenos días, señor Froment; buenos días, doctor... ¡Ah! Pido a ustedes mil perdones por mi tardanza; había ido a la Magdalena para oír el comienzo de una conferencia del abate Levasseur, con el propósito de volver en seguida; pero les había olvidado por completo. ¡Tanta ha sido la influencia que las palabras del sacerdote han ejercido sobre mí!

Le gustaba mucho lo que le había oído. Sin embargo, encontraba al capellán un poco tíbio, porque había convenido con las ideas modernas, aparentando creer en una inteligencia posible entre la religión y la ciencia.

Boutan le interrumpió sonriendo:

—¿Tiene usted de nuevo la neuralgia?

—No, no... Le he llamado para que vea a Lucía, que decididamente no está buena. No comprendo lo que le ocurre a esa niña... Esta mañana no ha querido levantarse de ninguna manera... Cuando me lo han dicho, he ido a verla, y al principio no quiso contestarme; después, a fuerza de preguntas, me ha dicho que quería entrar en un convento y no la he podido sacar de ahí. Está muy pálida y tiene los ojos fijos. ¿Qué cree usted que pueda ser?

—¿Le ocurrió algo ayer por la noche?

—Que yo sepa, no. Pasó la tarde muy bien, y al llegar nuestro amigo Santerre para tomar el té, me fui a la salita con él, después de besar a los

niños... Supongo que se acostarían en seguida, como de costumbre.

—¿Ha dormido bien, sin quejarse?

—No lo sé. Me parece que no tiene ninguna enfermedad, y ya comprenderá usted que no habría salido esta tarde si la creyera mala. Pero de todos modos, he querido consultarle acerca de su manía de no querer levantarse. Entremos en su cuarto, doctor, y riñala a fin de que se levante.

Según acababa de entrar y había oído las últimas palabras de su mujer. Estrechó la mano a Boutan y rogó a Mateo que le dispensara por su tardanza.

—Perdone usted, querido señor Froment, pero tengo un caballo enfermo y he tenido que ir a verle, pues es un caballo de carreras que me cuesta mucho dinero. En fin, todo va mal... Hablemos de nuestro asunto, que también ha fracasado.

Contó entonces que Lepailleur quería por sus malditas tierras un precio tan exorbitante, que todo trato resultaba imposible. El molinero había indicado la ira que sentía por el triunfo de Mateo al ver que la tierra que él trataba de madrastra cruel y que tan dura se mostraba para él, hijo de labradores, otorgaba cuanto le pedía a aquel burgués caído del cielo para revolucionar el país. Dijo que las malezas se convertían en oro y que había brujos que sabían hacer producir trigo a las piedras.

—No sabe usted cuánta pena me ha costado tratar de convencerle. En otro tiempo, él mismo me propuso venderme sus eriales a cualquier precio y rehusé, porque quería deshacerse de la propiedad. Ahora es él quien no quiere vender. ¿Parece que tiene una hija?

—Sí, es Teresa—contestó Mateo sonriendo al sa-

ber el resultado ya previsto por él de la proposición.—Nació el año pasado; tuvo esa desgracia, como dice. A consecuencia de ello, echa continuamente pestes contra su mujer, contra la sociedad entera y contra todos los santos. Es un tío vanidoso y vengativo.

—Así lo creo, y es posible que le haya herido también usted admirando a su chiquillo, que en la escuela de Jonville pasa por un prodigio.

Mateo continuaba sonriendo.

—No me admira su fracaso. Un día que les aconsejé que enviaran a Antonino a una escuela de Agronomía, por poco me pegan el marido y la mujer. Anhelan hacer de él un caballero.

El resultado de todo aquello es que el asunto podía considerarse como perdido y que Mateo no le tomaría aquel año más tierras, además de los pantanos de la meseta hacia el Oeste. El acta de cesión estaba extendida y la firmaron. Quedaban dos lotes todavía; por una parte cerca de cien hectáreas de bosque hacia Lillebonne, y por otra todos los arenales que llegaban a Vieux-Bourg.

—Le haría buenas condiciones—añadió Según, que tenía necesidad de dinero.—Pero ya sé que es usted muy prudente y que no lograré convencerle si está decidido a esperar... Le deseo buena suerte, pues estoy interesado también en que la obtenga.

Iban a despedirse, y se daban un apretón de manos, cuando en aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre sin hacerse anunciar.

—¡Toma! ¿es usted?—dijo el dueño de la casa.

—Creí que estaba viendo el ensayo general de la comedia de su amigo...

Santerre era el que había entrado con ese aire de satisfacción un tanto aburrido, propio del hombre afortunado. Había engordado y estaba muy

guapo con sus ojos oscuros y su barba siempre cuidada que ocultaba la mala expresión de su boca. Fué uno de los primeros en adivinar que las novelas de alcoba habían pasado ya de moda, y actualmente escribía historias en que se hablaba de conversiones y se alababa el espíritu de autoridad católica, que la moda imponía. Había crecido con éllo el desdén que sentía por el rebaño humano.

—No puede usted imaginarse lo mala que es la pieza de Maindron. También aparece allí un adulterio. No entiendo cómo el público no se llega a cansar de tamañas porquerías. Parece que filósofos y escritores se hayan puesto de acuerdo para fastidiarle. Yo continúo creyendo que al cabo, Dios, para producir la verdadera felicidad, destruirá el mundo.

Luego, viendo que Mateo le miraba con estu-
por, se contentó con sonreír, y añadió:

—Me he escapado del teatro... Hace buen día y tengo un coche; ¿quiere usted venir conmigo a ver la exposición de Pastelistas?

—No, no, querido; no voy ahí. Los Pastelistas me revientan. Vea si Valentina quiere ir.

Y el gesto que acompañaba estas palabras indicaba una de esas confianzas de marido decidido a hacer la vista gorda. Diez veces había estado a punto de matar a Valentina en un acceso de celos, acusándola de traiciones inmundas, y en cambio, nunca se le había ocurrido desconfiar de Santerre, como si no debiera temer nada de éste, o quizá fingiendo que ignoraba lo que podía ocurrir.

Como él vivía a su guisa, no extrañaba que el amante entrara y saliera cuando le acomodaba, llevando a paseo a su mujer, acompañándola a

la salida de los teatros y estando siempre pegado a sus faldas.

—No crea usted que me gusta mucho ir a los Pastelistas. La cuestión es acabar la tarde. Hay días que no acaban nunca y que son de lo más aburrido que conozco.

—¡Si solamente fueran aburridos! Sirio está enfermo y mi establo resulta así incompleto... De buena gana me mataría.

—¡Sirio enfermo! Pobre amigo mío, si quisiéramos los dos juntos... ¡Le digo a usted que arrastro, que bostezo mi vida!

—Yo la escupo, la vomito. ¡Qué asquerosidad! Hubo unos momentos de silencio y luego Seguín, lánguidamente, añadió:

—¿No ha ocurrido otra desgracia hoy, amigo mío?

—No. Las chimeneas no me caen todavía sobre la cabeza; pero ya sucederá todo eso.

—Así lo espero. Y pensar que esta asquerosa tierra continúa rodando sin fin por el espacio con su innoble pululamiento de seres... ¡Pobre Sirio!

Mateo, aburrido, se había levantado para marcharse, cuando una criada vino a rogar a Seguín de parte de la señora que pasase al cuarto de la señorita Lucía, porque ésta se empeñaba en no levantarse. Seguín continuó bromeando con su flema irónica de costumbre e hizo que los dos hombres le acompañaran, a fin de ayudar a convencer a aquella mujercita de la omnipotencia masculina. En el cuarto de Lucía ocurría una escena extraordinaria. La niña, tendida boca arriba, estaba tapada y mantenía la colcha a la altura de la barba con sus pequeñas manecitas crispadas como para luchar, para impedir que la sa-

casen de la cama, de la que no quería moverse. Únicamente enseñaba su carita pálida, helada, envuelta por la onda de sus cabellos descoloridos. Tenía los ojos, de un color azul claro, obstinadamente fijos en el techo con un aire de resolución feroz. Al ver entrar a su madre y al doctor Boutan su mirada expresó un sufrimiento horrible, pero no hizo ni el más pequeño movimiento y durante algunos minutos no quiso contestar ni una palabra.

—¿Está usted enferma, querida niña? Su mamá acaba de decirme que no ha querido usted levantarse. ¿Qué es lo que le duele?

Permaneció inmóvil, sin decir una palabra, sin hacer un movimiento.

—Veamos; dígame lo que tiene usted. Sus padres están inquietos. ¿Le duele a usted el vientre? No contestó ni hizo un movimiento.

—Decididamente, creía que era usted más razonable... ¿No comprende usted que si no dice lo que la duele, no la podré curar?

Y como hiciera un movimiento para tomarle la mano, hizo un gesto tan violento, y apretó tan fuertemente la colcha alrededor del cuello, que renunció a tomarle el pulso, no queriendo violentarla. Valentina, que esperaba sin decir una palabra, se enfadó.

—Esto ya es demasiado, hija mía; abusas de mi paciencia y acabaré por llamar a tu padre para que te riña. Te empeñas en no levantarte y no quieres explicar lo que te pasa. Habla por lo menos y sepamos lo que tienes. ¿Te ha reñido alguien?

Como Lucía se empeñara en no decir nada, su madre, por consejo del doctor, hizo venir a Nora, la institutriz, para interrogarla. Cuando entró, creyó notar en la niña igual estremecimiento que

cuando él la quiso tocar, de ocultarse, de desaparecer por entero. Interrogada Nora, contestó con la tranquila sonrisa y el inconsciente impudor que brillaban siempre en sus hermosos ojos:

—No sé nada, señor. Ayer la señorita Lucía parecía estar buena. Supongo que se metió en cama después de abrazar y besar a su madre, que tenía una visita. Entré yo luego un momento como cada noche para ver si dormía; y no sé más.

Hablando así, miraba a la niña con sus grandes ojos de aire provocativo, como segura de que no diría nada, de que no querría decir nada. Una alegría interna, algo así como el recuerdo de un hecho que provocara la risa, asomó a sus labios, descubriendo la blanca hilera de sus dientes. Aquello colmó la medida, y la niña rompió en convulsivos sollozos, cuando su mirada, que tenía fija en el techo, bajándose encontró aquella otra mirada tan burlona que pesaba sobre ella.

—Déjenme tranquila; no me hablen, no me miran. ¡Quiero ir al convento! ¡quiero ir al convento!

Era el mismo grito que expresaba el asco que sentía y que había lanzado ya por la mañana. Y de nuevo lo repitió y parecía que su manía de no querer levantarse, de no permitir que se viera ni la piel de sus labios, expresaba el deseo de ocultarse, de morir para el mundo, de destruir su carne por odio a la sensación física. Habría querido que corrieran las cortinas a fin de no ver la luz del día. Hubiese querido estar sola para siempre, sin sentir el calor de otro ser, en la soledad de una tumba, para satisfacer su horror a la vida, para no sentir la vida alrededor de ella y en ella.

—¡Quiero ir al convento! ¡quiero ir al convento! Entonces fué cuando Valentina, enloquecida, en-

vió a buscar a Seguí, y en tanto que llegaba, continuó hablándole, tratando de convencerla.

—Mira que me desesperas, mujer. A tu edad no hay quien hable de hacerse monja. Creo que siempre he cumplido con mi deber y que no tengo nada que reprocharme. Ya conoces cuán profundas son mis creencias religiosas, y te aseguro que ultrajas a Dios mezclándolo a un capricho de niña enferma. No puede ser monja sino la que es obediente, y Dios no quiere a las niñas que ofenden a sus madres cuando éstas sólo les han dado buenos ejemplos.

Los ojos de Lucía se habían fijado en los de su madre, y a medida que ésta hablaba, aquellos pobres ojos de inocente trastornada por su locura de pureza divina, se ensanchaban de horror, expresando el dolor más atroz, el respeto destruido, la ternura aniquilada, toda la miseria de una alma de niña que siente que desaparece su amor filial. En aquel momento Seguí entró, seguido de Santerre y de Mateo. En tanto que Valentina hacía un llamamiento a su autoridad paternal, él la miraba irónicamente, como para decir: «¿Qué quieres? Los has educado tan mal, que ahora tienes caprichos estúpidos». Cuando hubo acabado Valentina, volvióse hacia el doctor, quien indicó que no podía hacer nada, pues la niña no consentía que la examinaran. Miró a Nora, viendo que sonreía como él de aquella escena ridícula. Iba a hablar, cuando Santerre creyó poder arreglarlo todo.

—¡Cómo! ¿Es verdad lo que tu mamá me cuenta? ¡No, no! Se engaña, ¿no es verdad? Tú eres razonable. Vaya, te voy a dar un beso, tú me besarás a mí y todo habrá concluido. Yo me encargo de que tu papá y tu mamá te perdonen.

Reíe alegremente y avanzó su cara. Pero ante

aquel rostro de hombre donde lucían los ojos oscuros, ante aquella boca de gruesos labios medio ocultos por la barba, Lucía se agitó, dando señales de una turbación invencible.

—No se acerque usted, no lo quiero. ¡Oh! ¡no me bese, no me bese usted!

Santerre se obstinaba queriendo cogerla, esperando que así pasaría aquel capricho de niña.

—¿Por qué no quieres que te bese, Lucía? ¿No te beso todos los días?

—¡No, no lo quiero!... ¡Dejadme por piedad!... ¡Oh! ¡oh! ¡no, usted no, nunca más!

Y como de todos modos quisiera besarla, a pesar de sus gritos, se levantó y se echó atrás, huyendo de su boca como de hierro candente. Aquella colcha con que se cubría la apartó con violencia, enseñando sus hombros de niña, temblando de terror y como enloquecida. Y cuando creyó que la iba a coger y a besarla, saltó de repente como en una náusea el secreto vergonzoso que desde la mañana la tenía sobrecogida y muda, y hacía que quisiese huir del mundo.

—¡No me bese usted! ¡nunca más! ¡nunca más! Le digo que le ví a usted ayer en el saloncito, con mamá... ¡Ah! ¡qué porquería! ¡qué porquería!

Santerre, palideciendo, retrocedió. Un silencio, un frío de muerte invadieron el cuarto. Pasmados, horrorizados, esperaron todos lo inevitable, lo irreparable. Lucía, exasperada, enloquecida, continuó:

—Nono vino a buscarme cuando ya estaba a punto de acostarme, para que viera algo gracioso. Ha hecho un agujero en la puerta Nono, y se entretiene en mirar por la noche. Yo pensé que Gastón jugaba con Andrea, y fui en camisa y descalza. ¡Ah! lo que ví, lo que ví... ¡Soy muy des-

graciada! ¡Que me lleven al convento! ¡que me lleven al convento en seguida!

Cayó de nuevo en la cama, tapóse y se volvió hacia la pared, no queriendo ver ni oír, y cuando los estremecimientos que la agitaban cesaron, parecía muerta. Bajo el golpe de aquella revelación pública, salida de tal boca, Según sintió que una oleada de sangre subía a su cabeza y despertaron aquellos celos brutales que le impulsaban a matar. Despreciando a Santerre, que estaba lívido, se volvió a Valentina, tan amenazador, que Mateo y el médico se aprestaban a intervenir cuando vieron que se dominaba, que volvía a aparecer en sus labios la burlona sonrisa que habitualmente los contraía, advirtiéndole a Nora que estaba junto a la cama, imprudente como de costumbre. Valentina fué la sola que se atrevió a indignarse, lanzando un grito de orgullo y autoridad en que latía la sangre de los Vaugelade. Se adelantó hacia la institutriz y le dijo en pleno rostro:

—Es inmundo lo que usted ha hecho. La prostituta más indecente de la casa pública más infame no hubiera hecho lo que usted hizo, no hubiese manchado torpemente, bajamente, la infancia, destruyendo todo respeto entre una madre y su hija. Es usted una enferma o la más vil de las canallas... Váyase, la echo.

Entonces Según, que no había dicho una palabra todavía, intervino, hablando como amo. Dijo con su aire seco e irónico:

—Dispense usted, no quiero que Nora se vaya. Se quedará... No vamos a trastornar la casa entera y a cambiar nuestras costumbres porque Lucía tenga pesadillas por la noche... Púrguela, doctor, déle duchas. Y no quiero más historias ni más cuentos, o me enfado.

Y cuando Mateo y el doctor estuvieron en la

calle, cambiaron un largo apretón de manos. Luego, en el momento de subir Boutan al coche, dijo:

—¿Qué le parece a usted? He aquí el derrumbamiento que había predicho. Una sociedad agónica por el odio que siente hacia la vida normal y sana. La fortuna disminuída, disipada día por día, la familia limitada, manchada, destruída. Las abominaciones más terribles apresurando la descomposición final; las niñas de doce años místicas, histéricas, sintiendo antes de la edad de mujeres el asco de la fecundidad y aspirando a la muerte carnal del convento. ¡Estamos aviados, esos desdichados anhelan decididamente el fin del mundo!

En Chantebled, Mateo y Mariana creaban, fecundaban sin cesar. Durante los dos años que transcurrieron, de nuevo quedaron victoriosos en el eterno combate de la vida contra la muerte, por el crecimiento continuo de la familia y de la tierra fértil, que era algo así como su existencia misma, su alegría y su fuerza.

El deseo inflamaba sus almas, como el divino deseo les fecundaba, y su energía terminaba la obra gracias a su valor para la acción, a su empuje para el trabajo necesario, fabricante y regulador del mundo. Pero durante aquellos dos años, no obtuvieron sin lucha la victoria. A medida que el dominio se ensanchaba, hubo más movimiento de dinero, mayores cuidados. Las deudas de los primeros años se habían pagado, y desde entonces fué posible renunciar al sistema generoso de préstamos sobre las ganancias a que habían tenido que recurrir al principio. No hubo más que un jefe, que un patriarca, cuya idea era la de enlazar íntimamente la familia y la propiedad sin tener más asociados que sus hijos. Para cada uno de ellos conquistaba un nuevo campo; dando una pa-

tría a un pequeño pueblo. En lo porvenir, siempre quedarían allí las raíces, lo que nutre y fecunda, aun cuando algunos marcharan por el mundo a distintas esferas sociales. Esa vez habían conquistado los pantanos todos, pudiendo así dar al cultivo la meseta entera; más de cien hectáreas de buen terreno. Ya podía nacer un nuevo hijo, pues hallaría plantado el nuevo campo. Y cuando los trabajos terminaron y los manantiales fueron encauzados y las tierras labradas y sembradas, fué un magnífico espectáculo ver, a la primavera siguiente, aquellos campos verdes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, anunciando la ópima cosecha. Aquello indemnizaba de las penas y de las lágrimas que costaron las primeras labores. Al propio tiempo que Mateo creaba haciendo que el suelo produjera, Mariana no cesó de producir. No era solamente la granjera avispada y hacendosa, sino también la esposa adorable y adorada, que fecundaba el divino deseo, la madre que, después de dar a luz un hijo y de amantarlo, lo educaba como la mejor institutriz, para infundirle su inteligencia y su corazón. Buena ponedora, buena educadora, decía Boutan con su agradable sonrisa. Hacer muchos hijos no es sino una aptitud fisiológica que muchas mujeres tienen sin duda; pero son pocas las dotadas de las cualidades morales que se requiere para educarlos convenientemente. Ella, prudente y alegre, procuraba obtener que sus hijos la obedecieran de buen grado. Le bastaba hablar para ser obedecida, rodeada, acariciada, porque era muy buena, muy bella y muy querida. No era ligera aquella obligación, pues tenía ya ocho hijos a los que era preciso atender. Como en todas las cosas, procuraba que aquella tarea fuera ordenada; empleaba a los mayores en velar sobre los pequeños, ofor-

gaba a cada uno su parte de tierna autoridad, y alcanzaba la victoria a pesar de todos los obstáculos, procurando que reinaran la verdad y la justicia. Los mayorcitos Blas y Dionisio, que tenían dieciséis años, Ambrosio que iba a cumplir catorce, estaban ya medio emancipados de su tutela y más directamente bajo las órdenes de su padre. Pero los otros cinco, Rosa, Luisa, Gervasio, Clara y Gregorio, estaban siempre pegados a sus faldas y un nuevo hijo reemplazaba siempre al pequeño, que emprendía el vuelo al sentirse con fuerzas para ello. Esta vez, después de dos años, parió Mariana otra hija, que se llamó Magdalena. El parto fué feliz, aun cuando diez meses antes tuviera un aborto. Cuando Mateo la vió levantada y sonriente con la chiquilla en brazos, la besó apasionadamente, nuevamente vencedor a través de todas las penas y dolores. Un hijo más, más riqueza, más poder; una nueva fuerza obrando en el mundo, otro campo sembrado para lo porvenir.

Era la obra, la buena obra, la obra de fecundidad cumplida por medio de la tierra y la mujer, vencedoras de la destrucción, creando subsistencias para los nuevos hijos, amando, queriendo, luchando, trabajando entre el dolor, creando sin descanso más vida y más esperanza.

IV

Pasaron dos años más, y en ese período, Mateo y Mariana tuvieron otra niña, al propio tiempo que el dominio de Chantebled se enriquecía con los últimos lotes de bosque que quedaban de lo que fué propiedad de Seguin. Era ya de Mateo toda